

WALDO PÉREZ CINO
Dinámica del medio

bokeh *

© Waldo Pérez Cino, 2016

© Fotografía de cubierta: W Pérez Cino, 2016

© Bokeh, 2016

Leiden, NEDERLAND
www.bokehpess.com

ISBN 978-94-91515-54-5

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Pórtico de los empeños

Los utensilios de cocina, las herramientas
precisas con que esa llave desmonta aquel tinglado
o el horno se vuelve una repisa crematoria.

¡El horno, lo crudo y lo cocido! ¡Las rutinas
de los martes! ¡La obediencia
de la dieta y de la sauna y del tono muscular!
Las risas al teléfono, los aspavientos
al teléfono, las llamadas a destiempo, las claves
aceitadas de todo lo que arranca sin pensarlo
y el sinsentido de las órdenes que bueno
quién entiende: la sonrisa del que acata
el miedo o del que huye porque el miedo
asusta, del que acata y no cumple ni consigo,
del que cumple (la sonrisa ya simétrica)
la parsimonia de lo ajeno y no lo sabe,
la de quien a sabiendas se renuncia y pierde
hasta el último diezmo, el cuenco entero.

Pues todo eso será alabado, encomiásticos
los críticos que alaben y ensalcen y canten
para bien todo aquello: la precisión del relojero,
el teléfono correcto de quien tiene la respuesta
y la suma funcional de los lugares
donde te sabes a salvo y te sabes vulnerable
a la vulgaridad del espanto. Las dos cosas.

Y siempre luego

Y luego las parcas del alborozo, las señoras embozadas del desastre. Un jolgorio, también –plusvalía anónima y sin dueño, concertadas en mínimo conciliábulo, en la humareda que disfrazan de nube o de silencio. Van y vienen como en la noche, en la humedad incierta de todo lo prestado. Cuchichean como en la ya altísima madrugada del velorio cuando los roles de mañana se reparten al filo de toda despedida: quién reposa o quién se ocupe mañana de los trámites, nombres –los días y sus noches, los cuerpos de una vida– en la baraja de quién se queda y quién se va.

El gran cisma

Pobres pausas pautadas por el pobre
ritmo de lo que acontece en torno,
la sustracción del dolor o de la duda.
Esa manera tan precisa para caldos
de domingo. Veteranías, veteranías:
ansiedades, las ventanas de un edificio
ajeno y las ventanas congeladas. La forma
inadvertida del vuelo, del mapa,
de las rutas donde todo se despieza
en agreste llanura sin presente
para recomponerse certero en el olvido.

Del verano en Delft

Las pasiones. Dos manzanas atoradas
de una mordida, las calles que no vas
a poder recordar de aquel tiempo –¿qué
pasiones? ¿Qué calles?
El sonido de la lluvia y el olor
de la lluvia, un sonido y un olor
con la característica de sentirse únicamente
cuando empieza la lluvia o cuando acaba.
¿Qué lluvia? ¿Qué jardines? Algo parecido
al cansancio con que al término del día
se recogen sin prisa las cosas en la playa,
se sacuden
las ropas y la arena y se permite uno
las olas otra vez, seguir de nuevo
los pies de quien se marcha ya calzado.

La estiba

La disposición de las palabras, el carboncillo
perpetuo de las frases en esbozo.

No era eso lo voluble, lo incierto, ni siquiera
lo tremendo del derroche. Sino las rodillas,
los codos, las porciones del cuerpo
tan flexible cuando quiere. Y qué bien
que lo sabíamos, y cuánta la fe y cuánto
empeño a este lado del río, la otra orilla,
los lugares frecuentes
donde lo que se resiente pareciera
ser sólo suerte de memoria, una promesa
de tiempo, del objetivo de una cámara
—numeritos en el lente, un cálculo
de presciencia, de memoria inversa,
de imagen movida como si no supiéramos
ninguno de los dos el equilibrio
ni la fuerza de los golpes: la estiba
que acompaña siempre a los mendaces.

Arte de la enmienda

Trozos duros de resina, en el mercado donde se compra –lejos de su sitio– todo: importaciones, componendas, las rutas figuradas de la seda y las coníferas extrañas. El futuro. Las creencias de familia, los rituales terrenales (el arreglo, el pacto) de una vida normal. Las resinas de quién sabe dónde y las aves de averigua, los remedios chinos. El olor de la resina en la marmita impregnada sobre el cobre, un barniz que tardará en desaparecer, el veneno residual que a cuentagotas se irá yendo a las comidas e irá sustrayéndote al deseo. El cuenco roto de tu vida, tanta paciencia para el arte del arreglo y tanta constancia en la cocina donde se cuece cada plato con venenos cristalizados, con el ventarrón de aquel mínimo desastre en torno a un tiesto roto, a una caída casual e irreparable, los contornos de una vida perdida que no es tuya y se deshace en nada.

Ante la aduana

La rueca onfática de la distancia

R Hernández Novás

El preámbulo inmóvil bajo el manto
que teje Penélope y desteje: las manos
sin nada que ofrecer. Las palmas sudorosas
cruzadas a la espalda y la memoria
perdida en el recuento de lo real
—en las amarras entre las palabras y lo real.

Y los pedales de la rueca cuando el hilo
de lana ya se acaba, rastro y resto
y pista, y cicatrices. Velas negras al retorno,
Ariadna. Ni el laberinto ni tu vida
se desbrozarán en la madeja de la ira,
en pedales furtivos o hilo suspendido.
No hay salvoconducto ni hay primicia
que allane trámites: nada, nada que procure
la sonrisa o la disculpa. Sola la presencia
y la frontera, quizá el vértigo. Nada
que anule lo que es tuyo. Y no, tampoco
nada que por ti declare lo que es propio
bajo la forma de lo real desde el principio.

Delgada sombra

Delgada sombra del amor, consuelo
clavado en tierra, dosis blanca
y tibia del verano: el ánimo del rostro
y el aliento que no cejan hechos hielo
mas se escurren piel abajo ante la luz,
torrente entre la sangre y lo que late.

Más que sus afluentes siempre el río,
más que la cadencia con que el agua
pasa queda el río que devuelve sus azoros
a su medida heraclitana: el mismo frío
del invierno pasado, idéntica penumbra
húmeda en camino, el peso exacto
de las piedras en boca de los muertos.